

Gobierno militar y autodefensa: una reevaluación del conflicto étnico birmano desde la filosofía de la violencia

Military government and self-defense: a revaluation of the Burmese ethnic conflict from the philosophy of violence

Manzo Luciano¹


Resumen

Etnicidad y conflicto han marcado la historia reciente birmana. Los sucesivos gobiernos militares que se hicieron con el poder sembraron división dentro de la sociedad al marginar a grandes sectores de la población que conforman las diversas minorías étnicas del país. Apoyándose en un concepto restrictivo de identidad nacional, las fuerzas armadas fueron limitando gradualmente el lugar de las comunidades minoritarias tanto en la política como en la sociedad. La autodefensa mediante la formación de grupos armados étnicos fue vista como la única estrategia viable en pos de garantizar la vida y mínimos márgenes de libertad. El presente artículo desarrolla la relación entre el poder militar y la vida étnica en Myanmar. Se rastrea el origen histórico del conflicto pasando por una breve descripción del contexto multiétnico birmano. Trayendo elementos aportados por la filosofía de la violencia, se analiza en detalle la defensa de sí montada por los diferentes grupos étnicos y su relación con el valor asignado a la(s) diferentes vida(s) en el marco de la problemática. A raíz de los sucesos más recientes, se pone en discusión la posibilidad de un desenlace transformador que logre recomponer los vínculos dentro de la sociedad posibilitando una verdadera unión nacional.

488

Palabras clave: Myanmar, Conflicto étnico, Filosofía de la violencia

Recibido: 23 de mayo de 2022 ~ **Aceptado:** 16 de enero 2023 ~ **Publicado:** 13 de febrero de 2023

¹ Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente y becario de investigación en la carrera de Ciencia Política - UBA. Correo electrónico: manzoluciano96@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0002-7514-2789>

Abstract

Ethnicity and conflict have scarred recent Burmese history. Successive military governments grabbed power and sowed division within society by marginalizing the country's different ethnic minorities. Relying on a restrictive concept of national identity, the armed forces gradually limited these minorities' position both in politics and in society. Self defense in the form of ethnic armed groups was seen as the only viable strategy that could guarantee life and minimum margins of freedom. This article reflects on the relationship between military power and ethnic life in Myanmar. The historical origin of the conflict is established, and a brief description of the multi-ethnic context is presented. By bringing elements from the philosophy of violence, we can analyse in detail the self defense that different ethnic armed groups exercise and its link with the value(s) assigned to the distinct life(s) within this case. Considering the most recent events, the possibility of a radical change that could unite Burmese society is discussed.

Keywords: Myanmar, Ethnic conflict, Philosophy of violence

1. Introducción

La guerra civil que se desarrolla en Myanmar (ex Birmania) desde su independencia en 1948 es, probablemente, la de mayor duración en la historia contemporánea. Sin embargo, raramente se la conoce. En los últimos años alcanzó conocimiento público a raíz de las denuncias de genocidio llevadas ante la Corte Internacional de Justicia en respuesta a las matanzas perpetradas por el Tatmadaw (fuerzas armadas birmanas) sobre una de las minorías étnicas de ese país, los rohinyá. Mas recientemente, desde febrero de 2021, cuando el Tatmadaw accedió nuevamente al poder luego de derrocar a un gobierno democráticamente electo, la atención de la comunidad internacional volvió a centrarse en la represión de las fuerzas castrenses. En este caso, el foco no se limitó a la violencia contra las diferentes minorías étnicas, sino que abarcó también a la represión contra la población civil de los centros urbanos que se alzaron en protesta contra el retorno de una junta militar al gobierno. Estas poblaciones que habitan las ciudades del centro del país pertenecen a la etnia mayoritaria, los bamar, que, a su vez, son budistas, la religión predominante en Myanmar. Que la violencia de las fuerzas armadas haya llegado a estas zonas del país es un fenómeno nuevo y muestra la disparidad de experiencias vivenciadas por la población birmana. Las minorías étnicas y religiosas del país que habitan los Estados fronterizos son quienes se han visto permanentemente asediadas por la represión

estatal. La formación de organizaciones de autodefensa (con diversos grados de profesionalización) es un fenómeno común en Myanmar. Las diversas comunidades étnicas desconfían de las fuerzas armadas nacionales y, ante la frustración de sus demandas por mayor autonomía, la autodefensa se convierte en el único medio de resistencia a un gobierno central decidido a mantener un férreo control sobre un territorio al que considera propio.

En el presente artículo se analiza la relación conflictiva entre las distintas minorías étnicas y los sucesivos gobiernos militares en Myanmar. Se rastrea el origen histórico de dicho conflicto, situado en la construcción de una identidad nacional mayoritaria fuertemente ligada al origen étnico y a la pertenencia religiosa, dando lugar a una alteridad considerada inferior producto de un cuerpo normativo y continuas campañas de represión que llegaron a plasmar una imagen de desprotección y vulnerabilidad sobre ciertos grupos étnicos, en particular los rohinyá. En este sentido, los escritos de Elsa Dorlin nos ayudan a pensar a la autodefensa y al ejercicio de ésta que pueden llevar adelante ciertos grupos, especialmente aquellos con los recursos y la “legitimidad” para hacerlo. Se hace especial énfasis en el caso de la comunidad rohinyá que, a lo largo de la historia, ha sido la minoría étnica más asediada y marginalizada de la sociedad birmana. Para ello, el artículo se apoya en el pensamiento de Judith Butler sobre la no violencia, en su interrogación sobre el valor de la(s) vida(s) y sobre la dualidad de las mismas. Para finalizar, se consideran los desarrollos más actuales de la problemática a raíz del golpe de Estado a comienzos del 2021 y cómo éste afectó la dinámica del conflicto allanando el camino hacia una reconfiguración posiblemente transformadora de las relaciones inter-étnicas y de un cambio radical a nivel político donde las necesidades de los grupos minoritarios sean verdaderamente atendidas posibilitando, así, la regeneración de los lazos rotos dentro de la sociedad birmana.

2. Myanmar y la cuestión étnica

Myanmar es un país que se localiza en el Sudeste Asiático, comparte frontera con China, India, Tailandia, Bangladesh y Laos. Cuenta con recursos naturales de importancia estratégica, en gran medida, sin explotar luego de que años de políticas aislacionistas y sanciones internacionales vedaron la posibilidad de un desarrollo económico sostenible en el país por lo que, su población, permanece mayoritariamente en zonas rurales bajo un régimen de subsistencia. Birmania, como se la conocía, fue una colonia del imperio británico hasta el año 1948, momento en que pasó a ser una república independiente. Como en todo país que se forja al calor de luchas armadas de resistencia, los primeros líderes nacionales fueron figuras

militares, como es el caso de Aung San² considerado el padre fundador de Birmania. Así, las fuerzas armadas y sus altos mandos han tenido un papel central en la política birmana ya sea tomando el control directo del Estado durante largos periodos de tiempo o tutelando a los gobiernos democráticamente electos³.

Una de las características más importantes de la sociedad birmana y que ha marcado su historia hasta la actualidad es su gran diversidad étnica y religiosa. Myanmar reconoce oficialmente a 135 grupos étnicos dentro de los cuales una decena se presentan como los principales. Considerando las dificultades para censar con precisión dentro del contexto birmano y si bien las cifras varían en base a cómo se identifica específicamente a cada grupo, se calcula que la etnia mayoritaria, los bamar, conforman el 68% de la población, los shan el 9%, los karen el 7% y los rohinyá el 4% (ASEAN Today, 2018). En cuanto a la religión, el 89% de los birmanos profesa el budismo. A su vez, los cristianos y musulmanes representan cada uno alrededor del 4% de la población (Population Reference Review [PRB], 2014).

Con una realidad nacional tan diversa no se requiere demasiado esfuerzo para encontrar en ella las razones detrás de los conflictos internos que azotan a Myanmar (principalmente desde la década de 1960). Sin embargo, esta situación no se presentó siempre de esta forma. Durante los primeros años como democracia parlamentaria e incluso en los años previos a su independencia, las diferencias étnicas no solo eran aceptadas, sino que se promovía dicha diversidad dentro de la sociedad algo que se evidencia en los órganos de gobierno que espejaban ese carácter multi-étnico. Los miembros de estas comunidades minoritarias eran legalmente considerados ciudadanos lo que permitía que accedan a los derechos y protecciones garantizados por la constitución. Ahora, si bien esta realidad aplicaba a las zonas centrales del país donde habita la mayoría bamar, en el seno de los Estados étnicos (localizados en la periferia del país) permanecieron focos de lucha contra lo que consideraban una promesa incumplida: la de un federalismo que garantice de hecho una mayor autonomía y el autogobierno de estos Estados donde las que son minorías a nivel nacional conforman la mayoría de la población. Pero la incapacidad del Estado central para proteger a las minorías y hacer efectivas sus demandas derivó en la creación de grupos armados y fuerzas de autodefensa que, en ciertos casos, y con el correr del tiempo, se convirtieron en verdaderos ejércitos presentados como la única protección

² Fue el padre de Aung San Suu Kyi, futura activista y líder democrática birmana que llegó a ser Consejera de Estado y líder de facto del país desde 2016 hasta su destitución y arresto en 2021.

³ Según la constitución sancionada en 2008 bajo un gobierno militar, las fuerzas armadas tienen reservados ministerios claves como el de Interior y Defensa, también se les reserva el 25% de los asientos de ambas cámaras del Parlamento siendo que, toda modificación de artículos clave de la constitución, requiere de más del 75% de votos a favor lo que hace imposible la modificación constitucional sin la venia castrense.

ante las continuas incursiones del Tatmadaw en los territorios étnicos (Torelli y Griffith, 2022).

3. Organizaciones armadas étnicas y autodefensa

Luego de un golpe de Estado que en 1962 llevó al general Ne Win al poder y, a causa de décadas de gobierno militar que fomentaron una política de división y sectarismo basado en la pertenencia étnica, los débiles lazos de unión nacional terminaron por romperse. El Tatmadaw tomó para sí la labor de imponer “orden” dentro de un país profundamente dividido. No es necesario aclarar que dicho propósito no fue alcanzado, sino que, por el contrario, las divisiones permanecieron e incluso se agravaron. Las acciones de las fuerzas armadas llevaron a la proliferación de organizaciones armadas étnicas que, bien como el ala armada de partidos políticos o como entidades autónomas, se propusieron disputarle al Tatmadaw su pretendido control efectivo del territorio. Estas organizaciones resultaron ser muy efectivas en el combate y varias de ellas lograron acumular mayores márgenes de acción para sus comunidades. Actualmente, se calcula que alrededor de un tercio del territorio birmano es controlado por grupos armados entre los cuales se encuentran como principales: el Ejército del Estado Unido de Wa, el Ejército de Liberación Nacional Karen, el Ejército para la Independencia Kachin y el Ejército de Arakán (Torelli y Griffith, 2022).

Estos grupos armados étnicos se reconocen defensores de sus comunidades y se presentan como la única estrategia de autodefensa posible para la población. Su conformación y permanencia en el territorio descansan sobre la permanente amenaza de las fuerzas armadas y sus continuas campañas contra las minorías étnicas. Esta situación nos introduce una pregunta más que interesante respecto de la legitimidad de estos grupos y sus acciones bélicas. Así, nos podemos preguntar si el ejercicio de la autodefensa es legítimo al efectuarse contra una violencia estatal considerada ilegítima por tener como objetivo la anulación o, al menos, la reducción de la libertad con que las comunidades desarrollan su existencia. A este respecto, Elsa Dorlin (2018) escribe: “la autodefensa interviene cuando la no violencia llega a ese punto crítico en el cual persistir en esa táctica se transformaría en suicidio” (p. 167). La autodefensa, entendida como la protección de sí mismo apelando al uso de la violencia, entra en escena cuando los demás cursos de acción no violentos llevarían a un estado de situación en el cual la propia vida se vería negada. La resistencia, la protección de sí, la autodefensa son una suerte de acto reflejo cuando nos vemos atacados violentamente y nuestra vida peligra. Pero ¿todas las personas tienen derecho a la defensa propia o existen ciertos grupos que se colocan por encima de otros en cuanto

a legitimidad para la autodefensa se trata? Ciertamente, no todos se encuentran en la misma posición cuando hablamos de legitimidad para la autodefensa. Podemos observar cómo algunos yoes tienen derecho a una defensa de sí y de los suyos cuando, otros grupos, carecen de ese privilegio. Esta distinción está basada, en última instancia, en el valor de las vidas que reclaman el derecho a la defensa. El valor asignado a una vida es lo que determina la legitimidad de su autodefensa donde, aquellas vidas no apreciadas y consideradas poco valiosas, no tienen permitida la defensa de sí.

Sin embargo, esta imposición valorativa arbitraria que se realiza sobre las vidas de ciertos grupos no es completamente inalterable. Es posible que estas comunidades recuperen su valor propio y pasen a recomponer su identidad. Según Dorlin (2018), la autodefensa es una política que se puede articular con la representación y afirmación de sí mismo, siendo que defenderse violentamente constituye una verdadera afirmación de un derecho injustamente negado: los sujetos pasan a darse a sí mismo ese derecho del que se ven privados. Así, la autodefensa realza la posición de las minorías al dotarlas de agencia y convertirlas en sujetos activos en las luchas que los afectan. En el caso birmano, el derecho a la defensa de sí opera como una vía de afirmación de la identidad de las minorías étnicas cuando el gobierno central es quien, tanto por medio de leyes como con el accionar de sus fuerzas armadas, pretende suprimir su condición de grupos con un legítimo derecho a la defensa y, por ende, a la existencia.

Es una realidad que no todos los grupos armados étnicos presentan las mismas características. La pertenencia étnica, los recursos con los que cuentan y las alianzas formadas varían enormemente según el que grupo se analice. En este sentido, podemos encontrar uno de los mayores contrastes al comparar la situación de los wa y la de los rohinyá. Los wa conforman la minoría étnica que ostenta los mayores márgenes de libertad dentro de Myanmar y el Ejército del Estado Unido de Wa es la organización armada étnica más poderosa del país (Marston, 2022). Han logrado lo que ninguna otra minoría étnica ha podido: controlan una región autónoma dentro del Estado de Shan sin interferencias del gobierno central, poseen una capacidad militar considerable en cuanto a cantidad de tropas y equipamiento y, además, firmaron un cese al fuego con el Tatmadaw (Lintner, 2019). Esta autonomía tan inusual dentro del contexto birmano se debe, en gran medida, a la estrecha relación que los wa mantienen con su vecino y principal aliado, China. Gracias a las ventas de armas del gigante asiático, los wa han logrado equipar a su ejército con la última tecnología y con un poder de fuego comparable al de las fuerzas armadas birmanas lo que los deja, sin dudas, en una excelente posición para negociar sus demandas.

Tal como expresa un miembro del politburó del Partido Unido del Estado Wa: “nuestra experiencia de treinta años de paz nos dice que, si no tenemos armas, no tenemos nada” (Lintner, 2019). Estas palabras nos demuestran como la capacidad de autodefenderse es la única estrategia de supervivencia cuando nuestra existencia se ve atacada constantemente y el peligro de muerte emerge como una certeza. Pero, como mencionamos con anterioridad, para poder hacer uso de la autodefensa las comunidades deben ser consideradas como “legítimos usuarios” de la misma, tal es el caso de los wa. En cambio, para los rohinyá todo ejercicio de resistencia les es vedado, ellos son incapaces de montar una defensa de sí. Para las autoridades birmanas, la impotencia y la escasez de recursos deben regir la vida de esta comunidad para, así, conducirla hacia su legítimo estado: la indefensión radical.

La capacidad de autodefensa, propia del sujetx modernx, se ha convertido en un criterio que sirvió para discriminar entre aquellxs que son plenamente sujetxs y los otrxs, aquellxs a los que se intentará disminuir y aniquilar, dañando y deslegitimando su capacidad de autodefensa (Dorlin, 2018, p.21).

En el siguiente apartado se verá más en detalle la situación de los rohinyá, un grupo que ha sido históricamente discriminado y sistemáticamente despojado de sus derechos y, de esta forma, como menciona el extracto de Elsa Dorlin, preparado para su aniquilación.

494

4. El caso rohinyá

Los rohinyá son una minoría tanto étnica como religiosa (profesan el islam), en este sentido, están atravesados por una doble vulnerabilidad dentro de la sociedad birmana. Su presencia en el actual territorio de Myanmar data del siglo VII, en lo que se conocía como el Reino de Arakán (Chan, 2022). A pesar de su preexistencia en el territorio y de haber sido considerados ciudadanos con pleno acceso a derechos, en la actualidad, se los califica de bengalíes, es decir, inmigrantes ilegales de Bangladesh⁴ lo que, en la práctica, les prohíbe el acceso a derechos en pie de igualdad con los demás ciudadanos birmanos. Este viraje en el tratamiento de los rohinyá no es casual, sino que responde a una política planificada que tiene por objetivo la expulsión de esta comunidad de lo que se entiende por nación birmana. Los rohinyá han sufrido discriminación sistemática, graves abusos por parte de las fuerzas armadas y han sido segregados de las instancias de representación política (Maizland, 2022). Lo que comenzó siendo un lento proceso en el cual sus derechos fueron progresivamente

⁴ País vecino a Myanmar cuya población es mayoritariamente de religión musulmana.

restringidos y su lugar en la vida pública gradualmente disminuido terminaría, décadas más tarde, en una verdadera campaña de genocidio a manos del Tatmadaw.

Siguiendo a la muestra online “El camino birmano al genocidio” del United States Holocaust Memorial Museum ([USHMM], s.f.) donde se expone en gran detalle la historia de la persecución hacia los rohinyá, podemos confeccionar una breve cronología de los eventos que marcaron con mayor dureza las experiencias recientes de la comunidad. En la década de 1970 se produjo la confiscación de documentación que los acreditaba como ciudadanos birmanos. Alrededor de 200.000 rohinyá se vieron forzados a desplazarse fuera de la frontera, al momento de su retorno pasaron a ser considerados como extranjeros ya que no poseían documentación que acreditara su nacionalidad. Posteriormente, en 1982, llegó un golpe muy duro luego de la sanción de una nueva ley de ciudadanía que, ahora, pasaba a basarse en la etnicidad. La pertenencia étnica a las supuestas “razas nacionales” configuraba un nuevo tipo de ciudadanía a la que los rohinyá no podían acceder plenamente, por esta razón, quedaron efectivamente como apátridas y formalmente excluidos de la sociedad (Yegar, 2002). En las siguientes décadas de 1980 y 1990 el Tatmadaw realizó una serie de operaciones militares en las zonas habitadas por rohinyá dentro del Estado de Arakán y unas 250.000 personas debieron desplazarse de la zona luego de que soldados birmanos cometieran ejecuciones, abusos sexuales y violencias de todo tipo en las comunidades.

Más recientemente, en 2012, episodios de violencia comunitaria entre los rohinyá y la mayoría budista forzaron, nuevamente, al desplazamiento de cerca de 120.000 personas. Entre tanto, innumerables restricciones siguieron aplicando en la vida de todo rohinyá al carecer de libertad de movimiento, acceso limitado a servicios de salud y educación e impedimentos para acceder a trabajo. Uno de los últimos episodios y, ciertamente el más trágico, fue la campaña llevada adelante en 2017 por el Tatmadaw que dejó un saldo de más de 9.000 muertos y un desplazamiento masivo de 700.000 personas hacia la frontera con Bangladesh, donde la mayoría de ellas permanece hasta el día de hoy. La campaña de ataques fue planificada como una operación de limpieza cuyo objetivo era, no solo eliminar físicamente a los rohinyá, sino todo su legado cultural e histórico: las comunidades fueron arrasadas con escuelas, mezquitas y casas quemadas por completo.

Cabe pensar cómo es que semejantes niveles de violencia y discriminación sean aceptados por la mayoría de la sociedad birmana, es decir, ciertamente las acciones del Tatmadaw contaban con la aceptación si no expresa, al menos, tácita de gran parte de la población. Según Minority Rights Group International (2019), “el discurso de odio y la desinformación dañina son el núcleo de la violencia inter-étnica en

Myanmar” siendo que la narrativa oficial de los sucesivos gobiernos militares predicaba que los bamar son los legítimos dueños de la nación ante quienes las demás etnias deben subordinarse. Los discursos de odio fomentados por el nacionalismo budista tenían como objetivo predilecto a los rohinyá, donde el uso de un lenguaje deshumanizante promovía que la violencia contra esta comunidad sea considerada más aceptable, cuando no deseable. Dicha violencia simbólica patrocinada desde los medios estatales terminó generando un entorno donde la comunidad rohinyá quedó expuesta a un máximo riesgo de muerte estrechamente ligado a la valoración asignada a las vidas de esta etnia en particular. “Le están quitando todo valor a nuestras vidas”, así describe la situación de su pueblo un miembro de la comunidad rohinyá (USHMM, s.f.). Es que, una vida sin valor es una vida que no está viva, es una vida ya muerta, una vida que no merece protección y, por lo tanto, debe eliminarse.

En su libro “La fuerza de la no violencia”, Judith Butler (2020) aborda el valor asignado a las vidas y nos habla de cómo éstas no son valoradas de la misma manera. Para ello introduce el concepto de duelidad al que define como “el derecho de una persona a tener una vida cuya pérdida merece ser lamentada” (p. 236) y que nos ayuda al momento de pensar: ¿qué le imprime valor a una vida y por qué la desigualdad prima en la valoración de las distintas vidas? Así, una vida duelable es una vida valiosa, cuya pérdida despertaría lamentos y que, a raíz de ello, merece ser defendida. Ser una vida duelable implica que nuestra muerte sería lamentada debido al valor que posee, valor que garantiza su protección ante los riesgos que la amenacen. Pero hay ocasiones en que “una vida es, al mismo tiempo, llorada en una comunidad y absolutamente ignorada – y descartada – en un marco dominante nacional” (Butler, 2020, p. 92). Las vidas rohinyá sufren este destino, son profundamente lamentadas y rememoradas por su comunidad de pertenencia y, a la vez, son despreciadas por la sociedad en su conjunto. Dentro del contexto birmano, los rohinyá no son considerados duelables. Sus vidas no merecen resguardo, no son dignos de esfuerzo alguno por su defensa. Butler (2020) resume perfectamente esta situación: “No se puede perder a aquellos cuya muerte no se puede lamentar. Se los trata como gente que está más allá de la pérdida, ya perdidos, jamás vivos, jamás se los considera como sujetos merecedores de vida” (p. 144). Aquellos que no son sujetos merecedores de vida, que no están vivos pueden ser eliminados y conducidos a la muerte sin mayores problemas. El genocidio perpetrado contra los rohinyá es evidencia de esto.

496

5. Escenario post golpe de Estado

En la madrugada del 01 de febrero de 2021, día en que el nuevo Parlamento debía prestar juramento, las fuerzas armadas arrestaron a la Consejera de Estado y

líder de facto, Aung San Suu Kyi, al presidente Win Myint y a decenas de parlamentarios y políticos birmanos consumando un nuevo golpe de Estado y retornando a una junta militar al gobierno. Pero este último episodio demostró ser muy distinto y no solo una reedición de anteriores periodos de gobierno militar. En esta ocasión el rechazo a la interrupción democrática abarcó a la totalidad de la sociedad y no sólo a las minorías étnicas que tenían cuentas pendientes con el Tatmadaw. Ahora fueron los centros urbanos de mayoría bamar quienes se convirtieron en auténticos focos de acción directa contra la junta militar. En este contexto, una de las formas de protesta con mayor trascendencia fue el Movimiento de Desobediencia Civil que se extendió enormemente en la sociedad llegando a funcionarios públicos, docentes y personal de salud (Naing y Tun, 2022). En muchos casos, estas acciones fueron violentamente reprimidas por las fuerzas policiales y el ejército lo que derivó en el surgimiento de cientos de videos virales donde se retrata cabalmente la cruda realidad de la violencia con la que el poder militar responde a las manifestaciones de disenso.

En gran medida, la comunidad bamar no había tenido experiencias con estos niveles de violencia en sus territorios. Los conflictos étnicos permanecían como una realidad lejana cuyas consecuencias se limitaban mayormente a los Estados étnicos. Pero la llegada de la represión a las ciudades del centro del país modificó la ecuación definitivamente. Ahora, la mayoría bamar ha sufrido en carne propia los excesos de las fuerzas armadas, ya conocidos por los grupos étnicos, al formar parte del *modus operandi* del Tatmadaw en sus territorios. Luego del golpe de Estado, la mayoría bamar comenzó a mirar de otra forma los padecimientos de las minorías étnicas (Kean, 2022). Las fuerzas armadas pasaron a ser consideradas como el verdadero obstáculo al desarrollo y progreso nacional. Así, el golpe allanó el camino para una verdadera reconfiguración de las relaciones de poder dentro de Myanmar. La sociedad en su conjunto apuntó contra el Tatmadaw, que pasó a ser considerado como el antagonista y principal enemigo del pueblo. Los actos de resistencia a la junta se multiplicaron y, entre ellos, se puede mencionar un episodio histórico: la formación del Gobierno de Unión Nacional (NUG, por sus siglas en inglés), una instancia de gobierno paralela gestada desde la lucha de legisladores depuestos y activistas que buscan retornar a Myanmar a la senda democrática. El NUG está conformado por un gabinete étnicamente diverso que rechazó la constitución del 2008 y planteó la necesidad de una nueva constitución federal (International Crisis Group, 2022). Allí radica su carácter revolucionario, proponiendo reformas de fondo que con anterioridad eran imposibles de plantear.

Pero estaríamos obviando un factor muy importante si no hablásemos del contexto internacional que rodea a la presente crisis en Myanmar. En ese sentido, la respuesta ha sido dispar dependiendo del actor que se analice. Por un lado, los Estados Unidos y la Unión Europea manifestaron su enérgico rechazo al arresto de Suu Kyi y al retorno de una política de violentas campañas militares en los Estados étnicos, lo que fue acompañado por una serie de sanciones económicas para con los líderes militares y las empresas relacionadas con el Tatmadaw. Un rechazo más velado provino de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN, por sus siglas en inglés) quien, a lo largo de su historia, ha preferido mantenerse al margen de los asuntos internos de sus miembros pero que, en esta ocasión, ha dejado entrever su descontento, aunque sin haber logrado concretar una respuesta como bloque. Si bien líderes de países miembros han expresado su preocupación por los eventos que tienen lugar en Myanmar, los diversos intentos por establecer un plan de acción a nivel de bloque no han prosperado. Por último, podría considerarse la postura de China, uno de los principales aliados de Myanmar. Una vez consumado el golpe las autoridades del gigante asiático procuraron actuar con cautela y solo realizaron un llamamiento al respeto de la constitución. Esto se debe, en gran medida, a que, a lo largo de los años, China supo cultivar buenas relaciones tanto con las autoridades civiles como con la cúpula militar por lo que el cambio de liderazgo no modificó sustancialmente su capacidad de influencia a nivel político. Lo que el golpe de Estado sí introdujo fue caos y descontrol, un factor no menor al momento de llevar adelante actividades comerciales. Así, lo que preocupó y preocupa a los políticos chinos es la constante anarquía en la que parece haber caído gran parte del territorio birmano dificultando, por ejemplo, la concreción de los proyectos de infraestructura enmarcados en la Iniciativa de la Franja y la Ruta o el simple comercio entre ambos países.

El golpe de Estado fue, sin dudas, el precipitador de este nuevo *momentum* de demandas en la sociedad birmana y, esta vez, por reformas verdaderamente estructurales. El nuevo estado de situación inaugurado luego del quiebre democrático marcó un punto de inflexión a partir del cual la población se permitió soñar con un país diferente donde la hermandad prevalezca por sobre las divisiones étnicas. El tiempo dirá cuál es el destino de las reivindicaciones populares, pero conociendo la historia de Myanmar y el accionar de los militares en el poder, se torna difícil imaginar una resolución, cualquiera sea, en el horizonte cercano.

6. Conclusiones

Los conflictos internos basados en la cuestión étnica han sido una constante en la historia birmana desde su independencia. En su mayoría, estos conflictos

encuentran su origen en ideas sobre la etnicidad que se remontan a la época colonial. Falsas nociones heredadas de la administración británica que lograron penetrar fuertemente en el dominio de la política y en la sociedad. Así, la etnicidad pasó a marcar el devenir histórico y la matriz de conflictos hasta la actualidad. La mayoría bamar, encarnada en las fuerzas armadas, se hizo con el poder y llevó adelante una campaña sectaria apuntando contra las diferentes minorías étnicas. Estas comunidades fueron sistemáticamente discriminadas y marginadas tanto de la sociedad como de la política birmana. Ante la anulación de los espacios de canalización de sus demandas y producto de la incesante violencia patrocinada desde el Estado a través del Tatmadaw, las comunidades étnicas recurrieron a la autodefensa como una estrategia de preservación de sí mismas. Los grupos armados étnicos se conformaron como una línea de defensa ante la amenaza de muerte que significaban las incursiones militares en territorio étnico. Pero no todos los grupos contaban con los mismos recursos ni estaban revestidos de la misma legitimidad para alzarse en lucha. Las diferentes valoraciones que operan sobre las vidas de las comunidades condicionan la calidad de su autodefensa. Debido a esto, nos encontramos con sendas disparidades de acuerdo con el grupo étnico del que se trate: cuando unos logran conquistar amplios márgenes de libertad garantizando su autonomía y protección, otros se ven expuestos a la muerte en el marco de una campaña sistemática de genocidio.

La etnia ha adquirido un rol tan central en la vida de los birmanos que el ciclo de conflicto étnico parece irresoluble. En este contexto, se presenta como una prioridad la reconstrucción de los lazos rotos dentro de la sociedad. A partir de ahora el camino a tomar debe conducir a una completa redefinición de lo que se entiende por identidad nacional donde el principio rector pase a ser la inclusión de las múltiples identidades étnicas propiciando, así, una forma novedosa de identificación con la nación. En esta superación del histórico binomio etnicidad-conflicto, la punta de lanza estará en manos de una democracia sustantiva que oficie de vía de acceso a un proceso de reconciliación nacional donde la etnicidad sea dejada de lado como factor decisivo en todo cálculo vital. En este sentido, será necesaria una profunda revisión del rol de las fuerzas armadas y su lugar en una sociedad democrática que reivindique su diversidad étnica.

Sin embargo, las heridas de la sociedad son profundas y la determinación de los líderes militares por gobernar al país con mano de hierro parece inquebrantable. El malestar en la población con el gobierno militar persiste, pero el nivel de violencia de la represión estatal parece haber aplacado las protestas más masivas. Ningún cambio de la envergadura que pretenden los manifestantes prodemocráticos puede darse en

un contexto como el actual donde el sector militar está atrincherado en una posición de total intransigencia para con los reclamos populares, aferrándose a sus antiguas concepciones de superioridad étnica e intereses económicos contruidos a lo largo de décadas de dominio castrense. Puede decirse que el periodo de mayor distensión del conflicto étnico se corresponde con el gobierno democráticamente electo de Suu Kyi, aún con las críticas que pesan sobre su gestión, principalmente, debido a la tutela militar vigente que influenciaba muchas de las decisiones de la entonces líder. Aun así, tomando las acciones en el plano simbólico, la inclusión de minorías étnicas en puestos gubernamentales o los intentos por concretar la firma de un cese al fuego general con los grupos armados étnicos, el ensayo democrático permitió imaginar otra realidad a la que ofreció durante décadas el gobierno militar. La democracia planteó una alternativa y los ciudadanos birmanos se hicieron eco de ello. En este sentido, el camino por transitar no estará libre de obstáculos y los desafíos abundarán, pero las múltiples resistencias al golpe de Estado nos demuestran que gran parte de la sociedad birmana ha despertado de un largo letargo. Las señales que auguran un cambio radical abundan, quedará en el pueblo birmano garantizar su concreción.

Referencias bibliográficas

- ASEAN Today. (2018). *Ethnic groups in Myanmar*.
<https://www.aseantoday.com/2018/03/myanmars-diversity-is-at-risk-as-the-government-continues-burmanisation-policy/ethnic-groups-in-myanmar/>
- Butler, J. (2020). *La fuerza de la no violencia*. Paidós.
- Chan, E. (2022). *Rohingya people*. Encyclopaedia Britannica.
<https://www.britannica.com/topic/Rohingya>
- Dorlin, E. (2018). *Defenderse: una filosofía de la violencia*. Hekht Libros.
- International Crisis Group. (2022). *Myanmar's Coup Shakes Up Its Ethnic Conflicts*.
<https://www.crisisgroup.org/asia/south-east-asia/myanmar/319-myanmars-coup-shakes-its-ethnic-conflicts>
- Kean, T. (2022). *How Myanmar's Coup Has Reshaped Its Ethnic Conflicts*.
<https://thediplomat.com/2022/01/how-myanmars-coup-has-reshaped-its-ethnic-conflicts/>
- Lintner, B. (2019). *Why Myanmar's Wa always get what they want*. Asia Times.
<https://asiatimes.com/2019/09/why-myanmars-wa-always-get-what-they-want/>
- Maizland, L. (2022). *Myanmar's Troubled History: Copus, Military Rule, and Ethnic Conflict*. Council on Foreign Relations.

500



<https://www.cfr.org/backgrounder/myanmar-history-coup-military-rule-ethnic-conflict-rohingya>

Marston, H. (2022). *Review: "The Wa of Myanmar and China's Quest for Global Dominance"*, by Bertil Lintner. Council on Foreign Relations.

<https://www.cfr.org/blog/review-wa-myanmar-and-chinas-quest-global-dominance-bertil-lintner>

Minority Rights Group International. (2019). *Hate Speech, Interethnic Violence and 'Muslim-Free' Villages: The Rohingya Crisis in an Era of International Indifference*.

<https://minorityrights.org/2019/02/20/hate-speech-interethnic-violence-and-muslim-free-villages-the-rohingya-crisis-in-an-era-of-international-indifference/>

Naing, S. y Tun, D. (2022). *Myanmar's longest lasting Civil Disobedience Movement*.

<https://www.thaipbsworld.com/myanmars-longest-lasting-civil-disobedience-movement/>

Population Reference Review [PRB]. (2014). *Deciphering the Demography of Myanmar*. <https://www.prb.org/resources/deciphering-the-demography-of-myanmar/>

Torelli, C. y Griffith, E. (2022). *Myanmar Conflict Briefing*.

<https://aoav.org.uk/2022/myanmar-briefing-report/>

United States Holocaust Memorial Museum [USHMM]. (s.f.). *Burma's path to genocide*. <https://exhibitions.ushmm.org/burmas-path-to-genocide/timeline>

Yegar, M. (2022). *Between integration and secession*. Lexington Books.